

Craig Johnson

**Fría venganza**  
El primer caso del *sheriff*  
Walt Longmire

Traducción del inglés  
de María Porrás Sánchez

Nuevos Tiempos **Ediciones Siruela**

Para la princesa de granja del condado de Wayne  
y el mejor tirador de Cabell...

*La venganza es un plato que se sirve frío.*

Pierre-Ambroise-François Choderlos de Laclos,  
*Las amistades peligrosas*

—Rob Barnes dice que han encontrado un cadáver en los terrenos públicos. Lo tienes por la línea uno.

Quizá Ruby hubiera llamado a la puerta, pero no la oí porque estaba mirando los gansos. En otoño, cuando los días se hacen más cortos y el hielo bordea las orillas rocosas de Clear Creek, suelo pasar mucho tiempo contemplando los gansos. La oficina del *sheriff* de nuestro condado es un viejo edificio Carnegie que mi departamento heredó cuando la biblioteca del condado de Absaroka acumuló tantos libros que tuvo que trasladarse a otro sitio. Todavía tenemos un cuadro de Andy en el descansillo de la entrada. Cada vez que el *sheriff* anterior abandonaba el edificio, solía hacerle un saludo militar al viejo barón ladrón. Tengo el despacho en una gran sala situada en el saliente del lado sur, lo que me permite ver sin ningún obstáculo las montañas Big Horn a mi derecha y el valle del río Powder a mi izquierda. Los gansos vuelan valle abajo, hacia el sur, de espaldas a mí y, normalmente, me siento de espaldas a la ventana, pero a veces me pillan con la silla girada del revés. Parece que, últimamente, me pasa cada vez más a menudo.

La miré. Mirar es una de mis técnicas más eficaces para hacer cumplir la ley. Ruby es una mujer alta, delgada, de actitud directa y unos ojos azul claro que tienden a poner a la gente nerviosa. Y eso me gusta en una recepcionista: mantiene a la chusma alejada del despacho. Se apoyó en el quicio de la puerta y optó por el modo telégrafo:

—Bob Barnes, cadáver, línea uno.

Miré la luz roja que parpadeaba en mi escritorio y me pregunté vagamente si habría alguna forma de librarse de aquello.

—¿Sonaba como si estuviera borracho?

—No recuerdo ninguna ocasión en que haya sonado sobrio.

Me apoyé el expediente y las fotos que había estado examinando en el pecho y apreté el botón de la línea uno y el altavoz.

—Eh, Bob, ¿qué pasa?

—Eh, Walt. No te vas a creer esto... —no sonaba especialmente borracho, pero Bob era todo un profesional, así que nunca se sabe. Se quedó un momento callado—. Eh, no es coña, tenemos un fiambre aquí mismo.

Le guiñé un ojo a Ruby.

—Sólo uno, ¿eh?

—Eh, que no me estoy quedando contigo. Billy estaba trasladando algunas ovejas de Tom Chatham de los terrenos públicos a los pastos de invierno, cuando las muy jodidas se arremolinaron alrededor de algo en uno de los terraplenes... Era un fiambre.

—¿No lo has visto?

—Yo no, pero Billy sí.

—Que se ponga.

Hubo un breve forcejeo con el teléfono y una versión más joven de la voz de Bob respondió.

—Eh, *sheeriff*.

Tenía la voz pastosa. Genial.

—Billy, ¿dices que has visto un muerto?

—Pues sí.

—¿Qué pinta tenía?

Silencio durante un instante.

—Pinta de estar muerto.

Me entraron ganas de darme con la cabeza contra el escritorio.

—¿Es alguien que conozcamos?

—Oh, no me he acercado tanto.

En lugar de golpearme, me subí el sombrero y suspiré.

—¿Cuánto te has acercado?

—Unos doscientos metros. Hay mucha pendiente en los terraplenes por donde la corriente de agua atraviesa la vaguada.

Las ovejas se quedaron a su alrededor. No quería bajar con la camioneta hasta allí porque acababa de limpiarla.

Me quedé estudiando la lucecita roja del teléfono hasta que caí en la cuenta de que Billy no iba a continuar hablando.

—¿Hay alguna posibilidad de que se trate de una oveja o un cordero? —si el rebaño estaba alrededor, seguro que un coyote no era—. ¿Dónde estáis, muchachos?

—En la 137, a menos de un kilómetro pasado el viejo puente Hudson.

—De acuerdo, quédate donde estás. Enviaré a un agente y estará ahí en una media hora.

—Sí, señor... Oiga, *sheeriff* —yo permanecí a la espera—. Mi padre dice que traiga cerveza, ya casi no nos queda.

—Faltaría más —pulsé el botón y miré a Ruby—. ¿Dónde está Vic?

—Seguro que no está sentada en su despacho mirando antiguos expedientes.

—¿Dónde está, por favor? —fue su turno de suspirar y, sin mirarme directamente, dio un paso al frente, cogió la carpeta gastada que tenía sobre el pecho y volvió a ponerla en el archivador, donde siempre la dejaba cada vez que me pillaba examinándola.

—¿No crees que deberías salir de la oficina en algún momento del día? —Ruby continuaba con la mirada puesta en las ventanas.

Me lo pensé.

—No voy a ir hasta la 137 para ver una oveja muerta.

—Vic está al final de la calle, dirigiendo el tráfico.

—No tenemos más que una calle. ¿Para qué está haciendo eso?

—Las luces de Navidad.

—Ni siquiera estamos en Acción de Gracias.

—Es cosa del ayuntamiento.

Yo mismo se lo había encargado el día anterior, pero se me había olvidado al segundo. Tenía dos opciones: ir hasta la 137, beber cerveza y mirar ovejas muertas con el borracho de Bob Barnes y el imbécil de su hijo o marcharme a dirigir el tráfico y dejar que Vic me echara en cara lo descontenta que estaba conmigo.

—¿Tenemos cerveza en la nevera?

—No.

Me ajusté el sombrero y le dije a Ruby que, si alguien más llamaba para hablar de cadáveres, le dijera que ya teníamos cubierto el cupo del viernes y que llamara la semana próxima. Cuando mencionó el nombre de mi hija, me detuve: ella es mi rayo de sol particular.

—Saluda a Cady de mi parte y dile que me llame.

Eso era bastante sospechoso.

—¿Por qué? —Ruby me despachó con un gesto de la mano. Mi sofisticado instinto detectivesco me decía que había gato encerrado, pero no tenía ni tiempo ni energía para averiguarlo.

Me monté de un salto en mi Silver Bullet y conduje hasta la ventanilla de autoservicio de la licorería de Durant para comprar un *pack* de seis cervezas Rainier. No tenía sentido subvencionar los vicios de Rob Barnes con un *pack* entero, así que destapé una de las botellas y eché un trago. Ah, el frescor de la montaña. Iba a tener que pasar por delante de Vic y que me contara lo muy jodida que estaba, así que enfilé Main Street y me sumé a un atasco que se componía de tres coches para contemplar la palma de la mano extendida de la ayudante del *sheriff* Victoria Moretti.

Vic era una agente de la ley que pertenecía a una familia del sur de Filadelfia que contaba con un buen número de agentes de la ley. Su padre era poli, sus tíos eran polis y sus hermanos eran polis. El problema era que su marido no era poli. Trabajaba como ingeniero de minas en la compañía Consolidated Coal, que lo había trasladado a Wyoming para ocuparse de una mina que estaba a medio camino entre nosotros y la frontera de Montana. Hacía dos años que había aceptado el nuevo puesto y que Vic lo había dejado todo para venirse con él. Escuchó el viento soplar, jugó a ser ama de casa unas dos semanas y luego se presentó en la oficina para pedir trabajo.

No tenía pinta de poli, al menos no la pinta que nuestros polis solían tener. Supuse que se trataba de una de esas artistas becadas por la Fundación Crossroads, de las que recorren las carreteras del estado de arriba abajo con sus zapatillas de

deporte de ciento cincuenta dólares y sus gorras de béisbol de los Yankees de Nueva York. Uno de mis ayudantes hijos, Lenny Rowell, acababa de dejarme para unirse a la Patrulla de Carreteras. Podría haberme traído a Turco de Powder Junction, pero eso me apetecía tanto como hacer gárgaras con cuchillas de afeitar. Y no porque Turco fuera mal ayudante, sino porque yo no era capaz de soportar todo su rollo de *cowboy* de rodeo y tampoco me gustaba su carácter de niñato. Nadie más en el condado se había interesado por el trabajo, así que le hice un favor a la chica y la dejé rellenar la solicitud.

Estuve leyendo el *Durant Courant* mientras estuvo sentada en la recepción, emborronando el dichoso formulario por delante y por detrás durante media hora. Le empezó a temblar la mano con la que sostenía el bolígrafo y, cuando terminó, su cara había adquirido el color del granito. Tiró el papel encima del escritorio de Ruby, murmuró «Que le den a esta mierda» y se marchó. Comprobamos todas sus referencias, llamamos tanto a los investigadores de campo en balística como al jefe de policía de Filadelfia. Sus credenciales no dejaban lugar a dudas: estaba entre el cinco por ciento de los mejores de la academia, titulada en orden público por la Universidad de Temple, le faltaban diecinueve créditos para acabar el máster, tenía una especialidad en balística, dos distinciones y cuatro años de servicio de patrulla. La chica iba a por todas: en un año la habrían ascendido a detective. Yo también estaría jodido si fuera ella.

Conduje hasta la dirección que ella me había dado, una caravana pequeña cerca del cruce de las dos autopistas, sin más que polvo y matojos de salvia alrededor. Había un Subaru con matrícula de Pennsylvania y una pegatina en el parachoques donde se leía «Vamos, Búhos», así que supuse que me encontraba en el lugar correcto. Cuando subí los escalones, ella ya estaba en el umbral y me miraba tras la puerta mosquitera.

—¿Sí?

Estuve casado durante un cuarto de siglo y tengo una hija que es abogada, así que sé cómo actuar en estas situaciones: quédate en lo básico y ve directo al grano con la señora. Me crucé de brazos y me apoyé en una verja que chirrió cuando



los finos tornillos intentaron zafarse de su piel prefabricada de aluminio.

–¿Quieres el trabajo?

–No.

Ella miraba por encima de mí, en dirección a la carretera. No llevaba zapatos puestos y arañaba la moqueta raída con los dedos de los pies, como haría un gato con sus zarpas, como si tuviera que aferrarse al suelo para no salir disparada. Estaba un poco por debajo de la media en cuanto a estatura y peso, tenía la piel aceitunada y el pelo negro y corto, de ese que se queda de punta de pura indignación. Había estado llorando, tenía los ojos del color del oro bruñido y lo único que se me ocurría era abrir la mosquitera y abrazarla. Yo mismo había tenido bastantes problemas últimamente, así que pensé que los dos podríamos quedarnos así y llorar un rato.

Me miré las botas marrones y contemplé cómo el polvo se deslizaba dibujando surcos sobre la superficie del porche.

–Estamos teniendo un viento estupendo –ella no pronunció ni una sola palabra–. Oye, ¿quieres mi trabajo?

Ella se rió.

–Puede.

Los dos sonreímos.

–Bueno, podrás quedártelo dentro de unos cuatro años, pero justo ahora necesito un ayudante –Vic volvió a levantar la vista hacia la carretera–. Pero necesito un ayudante que no salga corriendo a Pittsburgh dentro de dos semanas –eso atrajo su atención.

–Filadelfia.

–Qué más da –con ese comentario, me gané todo el oro bruñido que podía soportar.

–¿Tendré que ponerme uno de esos estúpidos sombreros de *cowboy* como el que tú llevas?

Levanté los ojos al ala de mi sombrero y luego la miré a ella, para mayor efecto.

–No, a no ser que quieras.

Ladeó la cabeza y la apuntó hacia mi coche.

–¿Podré conducir un Batmóvil igual que el tuyo?

–Cuenta con ello.

Esa fue la primera mentirijilla de las muchas que vendrían después.

Di un trago largo y me acabé la primera botella de Rainier, luego la volví a meter en la caja. Podía ver los músculos de su mandíbula hincharse como bíceps. Hice que llamara a la ventanilla antes de bajarla.

—¿Algún problema, agente?

Vic inspeccionó su reloj.

—Son las 16:47, ¿se puede saber adónde mierda vas?

Me relajé en el amplio asiento del conductor.

—Casi aciertas, me marchó a casa —permaneció inmóvil, a la espera. Aquel era uno de sus grandes talentos, hacer preguntas y quedarse quieta, esperando una respuesta—. Ah, Bob Barnes ha llamado, dice que han encontrado un cadáver entre las tierras de Jim Keller y los terrenos públicos.

Eché la cabeza hacia atrás y me enseñó uno de sus colmillos.

—Esos dos han visto un cadáver. Seguro. Y yo soy un puto piloto de combate chino.

—Ajá. Al parecer se trata del gran ovejicidio que todos estábamos esperando —no era más que mediatarde y bastaba una única cerveza para mejorarme el humor. El cielo todavía era de un azul tecnicolor, pero había una masa nubosa al noroeste que estaba empezando a oscurecer las montañas. Las nubes más cercanas eran blancas y esponjosas, pero las de atrás eran de un color más oscuro, casi amoratado, y presagiaban nieves dispersas a elevada altitud.

—Estás hecho unos zorros.

La miré por el rabillo del ojo.

—¿Quieres ir hasta allí?

—Te pillá de camino a casa.

—No, está más lejos, en la 137.

—De todas formas te coge mucho más cerca y, teniendo en cuenta que te vas a casa temprano...

El viento estaba empezando a coger fuerza. Me la iba a tener que jugar.

—Bueno, si no quieres ir...

Me lanzó otra mirada.

–No has hecho nada en todo el día salvo estar sentadito sobre tu culo.

–No me encuentro muy bien, creo que debo de haber pillado la gripe o algo.

–Quizá deberías salir y hacer ejercicio. ¿Cuánto pesas ahora? ¿Ciento veinte kilos?

–Calculas con mala leche –continuó mirándome fijamente–. Ciento catorce –y es que sonaba mejor que ciento quince.

Se quedó mirándome el hombro izquierdo con cara de concentración, sopesando la velada que tendría prevista.

–Glen no volverá a casa hasta tarde –se miró en el espejo retrovisor y apartó la mirada de inmediato–. ¿Dónde están?

–En la 137, como a un kilómetro y medio pasado el viejo puente Hudson –la cosa iba bastante bien–. Están en la camioneta de Billy –se dio media vuelta para irse. Querían que les llevaras unas cervezas cuando fueras para allá.

Se giró y tamborileó con los dedos sobre la puerta del acompañante.

–Si fuera a llevarles cerveza, incautaría ese *pack* de seis abierto que tiene en el asiento de al lado, caballero. Por si no lo sabía, en este estado hay una la ley acerca de llevar envases abiertos de bebidas alcohólicas.

Observé sus andares masculinos, la pistola automática de dieciséis balas se balanceaba sobre su cadera.

–Eh, intento cumplirla, siempre llevo uno abierto conmigo, pase lo que pase –Vic sonreía cuando cerró la puerta de la unidad de cinco años de antigüedad que conducía. Era estupendo tener a los compañeros de trabajo más felices que perdices. Acerté a ver que la camioneta salía del pueblo en dirección oeste, Vic debía de ir a más de ciento veinte con la sirena y las luces puestas y, al pasar, me hizo un gesto obsceno con el dedo.

No me quedaba otra que sonreír: ya era viernes, tenía cinco cervezas aguardándome y mi hija iba a llamarme esa noche. Conduje hasta Wolf Valley e ignoré los coches dispersos de fuera del estado que había mal aparcados a lo largo de la carretera. Hacia el final de la temporada de caza, la zona de las altas llanuras se convierte en Disneylandia para cualquier chaval con

un juguete de gran calibre. Entonces contemplé cómo las nubes se dirigían lentamente a las montañas Big Horn. En la cima había algunas nieves tempranas y el sol poniente teñía su color azul hielo de una sutil tonalidad púrpura. Había vivido allí toda mi vida, con la excepción de una estancia en la Universidad de California y el periodo en los marines destinado a Vietnam. Todo el tiempo que pasé lejos de ellas, había pensado en esas montañas y me juré que, cuando volviera, no pasaría ni un solo día sin contemplarlas. La mayor parte del tiempo, me acordaba de hacerlo.

Cuando llegué a Crossroads, se había formado sobre la carretera una fina capa de nieve immaculada que brillaba y cubría la hierba y las matas de salvia. Las sombras se alargaban cuando me detuve junto al buzón: nada, salvo el catálogo de productos sanitarios de la marca Doctor Leonard's, y lo encontré tan interesante que me asusté. Sorteé la acequia y conduje hasta la casa.

Martha se había criado en el rancho de su familia, dos mil acres y pico cerca de Powder Junction, y como siempre había odiado vivir en el pueblo, tres años atrás, le compramos una pequeña parcela a la Fundación y una partida de troncos, cavamos un pozo e instalamos una fosa séptica. Martha tenía tantas ganas de marcharse que vendimos la casa en el pueblo y estuvimos viviendo en una caravana que me prestó Henry Oso en Pie, el dueño de El Poni Rojo y mi mejor amigo. Cuando llegó el otoño, habíamos construido la estructura y la calefacción estaba instalada. Entonces Martha murió.

Aparqué la camioneta sobre la grava, cogí la cerveza y caminé sobre los tablones colocados encima del barro que conducían a la entrada de la casa. Tenía intención de comprar semillas para plantar césped, pero la nieve siempre acababa por zanjar el asunto. Empujé la puerta de la entrada y pasé de los bloques desnudos a los paneles de contrachapado. La casa todavía necesitaba algunos remates. Había algunas paredes interiores construidas, pero de la mayoría sólo estaba montada la estructura. Cuando encendías las bombillas desnudas, la luz se colaba por las tablas de madera y dibujaba sombras en el suelo. La instalación eléctrica no estaba hecha, así que tenía dos interruptores

enganchados a un generador y todo se enchufaba en él. Las tuberías estaban instaladas, pero usaba una cortina de ducha a modo de puerta del baño. Y, claro, no tenía demasiadas visitas. Había un piano colín Henry F. Miller de antes de la guerra que había pertenecido a mi suegra. Antaño había logrado arrancarle unas notas de *boogie-woogie*, pero no lo había tocado desde la muerte de Martha. Tenía todos mis libros metidos en cajas de cerveza junto a la pared de atrás. Hacía un par de Navidades, en un arranque de optimismo, Cady y yo habíamos ido a comprar una lámpara de pie, un sillón y una tele en color Sony Trinitron. La lámpara y el sillón funcionaban estupendamente, pero la tele no. Sin la antena, lo único que se pillaba era el canal 12. No se veía más que nieve y sólo se escuchaba un tranquilizador zumbido. La veía religiosamente.

Tenía el teléfono encima de una caja de cartón junto al sillón, así no necesitaba levantarme para cogerlo, y una nevera al otro lado para la cerveza. Tiré el abrigo y el sombrero sobre las cajas, encendí la lámpara y me senté en el sillón con el Doctor Leonard en el regazo. Abrí el folleto por la página 3 y estuve valorando una auténtica funda de piel de borrego falsa, válida para todos los asientos reclinables. Eché un vistazo a las paredes hechas de troncos de madera colocados unos encima de otros e intenté decidirme entre los colores disponibles: marfil o castaño cobrizo. En realidad, daba igual. Después de cuatro años, todavía tenía que dar los pasos más decisivos en materia de decoración de interiores. Quizá el vellón acrílico de poliéster –completamente lavable– del Doctor Leonard fuera mi *Ilíada*. Semejante razonamiento resultaba lo bastante inquietante como para llevarme a la cuarta cerveza, apenas un poco más tibia que las tres anteriores. Le quité la chapa usando el pulgar y el índice, y la lancé al bote de pintura que hacía las veces de cubo de basura. Pensé en llamar al número de información del Doctor, pero temía que Cady llamase precisamente entonces. Mi hija había intentado convencerme de que pusiera la llamada en espera, pero ya me interrumpían bastante a lo largo del día como para pagar por ese mismo privilegio en mi domicilio. Pulsé el mando a distancia y navegué desde el canal 4 hasta que di con el 12: la tele fantasma. Era mi programa favorito: aparecían

unos manchurroneos de tamaños variados que se desplazaban en medio de una tormenta de nieve sin hacer demasiado ruido. Me daba todo el tiempo del mundo para reflexionar.

Volví sobre el hilo de mis pensamientos hasta el informe que había tenido encima del pecho hasta que Ruby entrara en el despacho. No es que necesitara el expediente en sí. Había memorizado hasta el último trozo de papel que contenía. Hay una foto en blanco y negro que había recortado yo, una de esas fotos que se asocian con alguien que ha sufrido alguna desgracia. «Su foto aquí.» El fondo es blanco por completo, con la excepción de la sombra de algún circuito eléctrico, un entorno poco apropiado para el tipo de intimidades que muestra. En cualquier otro contexto, el retrato podría haber pasado por un Curtis o un Remington.

Melissa es una india cheyene. En la fotografía, unos mechones de cabello negro y brillante le caen sobre los hombros, pero en ellos y en el cuello se perciben pequeñas decoloraciones y se le nota una contusión en la mandíbula. Al evocar esas heridas, oigo ruidos. Bajo una mirada atenta, sus rasgos podrían aparecer ligeramente más pequeños de lo habitual, como los pétalos de una flor que todavía no se ha abierto. Los ojos almendrados son inescrutables. Continúo recordando esos ojos y los pliegues que forman la brida en el ángulo interior. No hay lágrimas. Podría haber sido una modelo de ascendencia asiática sacada de una de esas revistas de moda ridículamente perfumadas, pero se trataba de una chica Pájaro Pequeño que fue conducida a un sótano y violada repetidamente por cuatro adolescentes a los que no les importó que padeciera el síndrome alcohólico fetal.

Habían pasado tres años. Después de abrir y cerrar diligencias, de archivar y desarchivar, el caso fue llevado a juicio en mayo. Me acuerdo porque la salvia estaba en flor y su olor me hacía daño en la nariz. La chica de la foto se revolvía en la silla, suspiraba, se tapaba los ojos con las manos y se mesaba el cabello. Se cruzó de piernas e inclinó el cuerpo a un lado y a otro. Por fin, apoyó la cabeza, boca abajo, en el asiento de los testigos.

—Es confuso... —eso fue todo lo que dijo—. Confuso...

Hay más fotografías en el archivo, instantáneas en color

que yo mismo saqué del anuario del instituto de Durant. En un arranque de humor, dejé intactos los pies de foto al recortarlas: Cody Pritchard, equipo de fútbol americano y atletismo; Jacob y George Esper, idénticos hasta para pertenecer al equipo de fútbol americano, al club de pesca con mosca y a los Futuros Granjeros de América, y Brian Keller, equipo de fútbol americano, golf y debate, miembro del consejo estudiantil y del cuadro de honor.

Le introdujeron a Melissa el palo de una escoba, una botella y un bate de béisbol.

Yo fui el reacio investigador del caso. Conocía a Mary Roebing desde que éramos niños. Mary enseñaba Lengua en el instituto de Durant y era la entrenadora de baloncesto femenino. Me contó que le había preguntado a Melissa Pájaro Pequeño por las marcas en la cara y en los brazos pero que no había conseguido sacar nada en claro. Después, Melissa se quejó de dolores abdominales y de sangre en la orina. Cuando Mary le exigió que le contara lo que había sucedido, Melissa le explicó que había jurado no decir nada. Le preocupaba herir los sentimientos de los chicos.

Ruby dice que, desde que se celebró el juicio, miro el expediente una vez a la semana. Dice que no es sano.

A petición de Mary Roebing, una tarde fui al instituto durante el entrenamiento de baloncesto. Mientras las chicas corrían alrededor de la pista, me quité la placa, las esposas y la pistola y dejé todo dentro del sombrero, encima de su escritorio. Me senté en el despacho y estuve jugueteando con los lápices hasta que las vi junto a la puerta. Mary medía no menos de metro ochenta y una vez se sinceró y me contó que la única razón por la que asistió al baile de fin de curso conmigo fue porque yo era uno de los pocos chavales de la clase más altos que ella. Su figura destacaba sobre Melissa Pájaro Pequeño y le bloqueaba a la chica la retirada colocándole las manos sobre los hombros. La pequeña india estaba cubierta por una capa de sudor reciente y, de no haber sido por las marcas en la cara y los efectos del síndrome alcohólico fetal, cualquiera habría dicho que era un primor. Sostuve un lápiz marca American del número 2 en la mano y dije: